

MEDITA CONMIGO

**Conforme a la fe murieron todos éstos sin haber recibido lo prometido, sino mirándolo de lejos, y creyéndolo, y saludándolo, y confesando que eran extranjeros y peregrinos sobre la tierra. Heb 11:13**

Siendo que Dios es Dios, y fuera de Él no hay más (Is 45:21), entonces lo que promete sin duda tiene cumplimiento (Num 23:19); el punto es que su promesa tiene siempre un beneficiario, por su soberanía estableció que ese beneficiario tuviera una participación activa para la realización de la promesa, este decreto de Dios es lo que sitúa al hombre en una posición de tanta importancia que pareciera que sin su participación, lo prometido no llegaría a su culminación; cuando miramos en las Escrituras podemos observar que todos los hombres, con todas sus debilidades y limitaciones, que estuvieron al frente de sus hechos gloriosos, tenían tres cosas en común, las cuales están claramente consignadas en la epístola que nos ocupa; pudiéramos decir que ellas son la sustancia que da consistencia a todo lo escrito en ella; estas tres cosas son: La fe, la salvación, y el reposo. En la teología moderna se habla mucho de las dos primeras, no así de la tercera; la gran realidad es que ellas no pueden existir de manera independiente, dicho de otro modo, las tres guardan una unidad inquebrantable. Vamos a explicar por qué, tomando como base la cita titular que por fuerza nos llevará a otras de la misma carta, (por cierto, el contenido de esta carta no puede ser bien apreciado si no se lee de arriba abajo de un sólo tiro, así se leían en la antigüedad cuando no se fragmentaba en versículos lo escrito).

Cuando leemos que *Sin fe es imposible agradar a Dios* (Heb 11:6), podríamos pensar de inmediato que la fe es el eje tema de la carta, sería así, si no apreciáramos que el eje tiene tres facetas; tanto más cuando leemos que *Jesús es el autor y consumidor de la fe* (Heb 12:2); lo cual debiera llevarnos a ver que la autoría de la fe se realizó en la eternidad por el Jesucristo preexistente, y que el Jesucristo hombre la consumió en nuestra temporalidad; es decir, que si queremos ver cara a cara la fe no tenemos más que fijar los ojos en el Jesucristo de carne y hueso; por esto es que el gran paladín de la fe nos insta a ser imitadores de él, porque él es imitador de Cristo (1 Cor 11:1); sólo así se puede hacer distinción entre la fe cerebral, o emotiva, y la fe del corazón o del Espíritu. Ahora bien, una vez que se es poseedor de esta fe, ésta nos conecta con la salvación, de la cual Jesús es también el autor (Heb 2:10), la cual no es otra cosa que la seguridad de saber que Dios mismo se ha vuelto el escudo de todo nuestro ser entero, espíritu, alma, y cuerpo, por haber creído que su sangre es nuestro rescate para la eternidad, por esto se nos dice: *La sangre rociada que habla mejor que la de Abel* (Heb 12:24); la consecuencia de esta seguridad es que de manera inmediata nos pone en el umbral del *reposo*, el cual no es otra cosa que el descanso en Dios, ahora contamos con el poder de echar fuera el temor, tanto de lo temporal como de lo eterno; ahora sí podemos apreciar la coexistencia de estas tres facetas; y podríamos decir que la primera obra de fe es el reposo mismo; por esto es que se dice del pueblo que salió de Egipto: *Y vemos que no pudieron entrar (al reposo de Dios) a causa de incredulidad* (Heb 3:18-19). Ahora podemos dar el sentido correcto a nuestra cita titular: Todos esos que conforme a la fe murieron, ¿en qué sentido no recibieron lo prometido? es evidente que en el sentido temporal, pero por la fe miraron una ciudad no hecha de manos, celestial, la cual anhelaban (Heb 11:16), y miraron de tal modo lo prometido que aun podían saludarlo, y esto les llevaba a confesar que aquí eran sólo extranjeros y peregrinos, viviendo en esta tierra como si ya no vivieran en ella, y reposados en la seguridad de que la recibirían. Después de pasado tanto tiempo, a nosotros nos ha tocado constatar, que la tierra prometida que visualizó por la fe aquella gente, es una ciudad que va más allá de una ubicación geográfica, es decir, una de carácter eterno, una celestial, la cual no está sujeta a la vanidad temporal (Heb 7:48-49), cuyo templo será edificado por el llamado Renuevo (Zac 6:12-13), y dominará en su trono; ese reino invisible a la naturaleza humana es al que los creyentes del presente somos llamados a mirar, y a saludarlo ahora que ya está menos lejano, y que reposados en su realidad nos haga vernos también como extranjeros y peregrinos; esto es, a mirarnos sólo como de paso en esta vanidad temporal; así que no va con los que nos llamamos nacidos de nuevo por la fe el estar esperanzados en la reconstrucción de lo hecho por manos de hombre; por esto es que Pablo nos exhorta diciendo: *Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios.* (Col 3:1); y Jesús mismo les dice a los incrédulos: *Y les dijo: Vosotros sois de abajo, yo soy de arriba; vosotros sois de este mundo, yo no soy de este mundo* (Jn 8:23). Concluimos, pues, como lo hace la carta: *Por tanto, nosotros también, teniendo en derredor nuestro tan grande nube de testigos, despojémonos de todo peso y del pecado que nos asedia, y corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante, ...* (Heb 12:1).

Tu hermano el predicador  
Fernando H. Nava